



Eucaristía de acogida de la Comunidad de Canonesa en la Santa Faz.

Alicante, 14 de julio de 2019

Nos encontramos en este Santuario ciertamente entrañable para los cristianos de Alicante, que durante siglos han hecho buenas las palabras del Salmo recitado en la Misa de este domingo: “Humildes, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón”. Aquí, en Santa Faz, estos muros han sido y son testigos de tantos y tantos hombres y mujeres en búsqueda del Señor, en deseo ardiente de que Él les haga revivir, volver a la vida.

Y para el ser humano que estos días, en estas latitudes, llena de carreteras y costa en busca de descanso y en el fondo de felicidad, le es aplicable la búsqueda sin saberlo del mismo Dios, que a la postre es la clave del sentido de la vida, como bien experimentó vuestro Padre S. Agustín, de que el corazón cuando anda falta de aliento y de razones para vivir, gracias a Dios nuestro Señor, puede volver a la vida, a la vida que vale la pena ser vivida.

A la búsqueda y a las necesidades y dramas del ser humano, Dios ha respondido, sobre todo, enviándonos como gran respuesta y remedio a su propio Hijo. De ahí las palabras solemnes y plenas de verdad de S. Pablo en la segunda lectura que hemos escuchado; sus palabras, en las que nos sigue recordando que “Cristo Jesús es imagen de Dios invisible”, aquello mismo que con tanta claridad y sencillez le contestó Jesús a Felipe: “quien me ve a mí, ve al Padre”. Y así S. Pablo nos lo califica de “primogénito de toda criatura”, “cabeza del cuerpo: de la Iglesia” en quien reside “toda plenitud”, y Aquel en quien “quiso reconciliar todas las cosas”.

Y en el Evangelio, detrás de la parábola del Buen Samaritano, la Palabra de Dios, tal como ya desde los orígenes ha sido entendida, nos muestra a Dios, en Jesús, compadecido y lleno de misericordia para con nuestra humanidad, maltratada y herida.

Muchas generaciones cristianas han visto en aquel samaritano, al mismo Jesús. Que se rebeló contra la indiferencia del mundo. Contra aquellos que pasan de largo ante quien vive herido y tirado en la cuneta del camino.

Hoy, como entonces o, quizás más, los márgenes de aquel camino se han multiplicado en todos los países. Y alto, muy alto, es el número de los que lo recorren pasando siempre sin mirar y sin detenerse junto al que ha sido asaltado, maltratado, herido y tirado como muerto, como hicieron el sacerdote y el levita de la parábola; Jesús les señaló como gente que se ocupa de las cosas de Dios, para destacar el escándalo de separar el amor de Dios del amor al prójimo.

Cuando nos dejamos dominar por nosotros mismos solo nos sentimos a nosotros, y vivimos sin compasión para los demás. Aquellos dos no se conmovieron, y aquel hombre medio muerto se quedó solo. Pero pasó el samaritano que, en cuanto lo vio tuvo compasión de él; y la compasión de la que habla Jesús no es un sentimiento vago del alma que al final lo deja todo como está; no, la compasión le hace detenerse, bajarse, acercarse, darle los primeros auxilios y transportarlo a la posada que había en las proximidades para así remediar su estado.

El tema es de sangrante actualidad, que la marginación, la soledad y el abandono inundan nuestras geografías. Y cuando lo más cómodo es ignorar, desentenderse, dar un rodeo para no encontrarse con el otro y sus problemas, Dios, constantemente nos sale al encuentro, y nos recuerda que es imposible la pretensión de querer o creer vivir de cara a Dios y de espaldas al prójimo. Ahí, en sus miserias y necesidades, está la brújula que nos marca la posición de Dios.

Él, por boca de Jesús nos dijo y nos sigue diciendo: “tuve hambre” (y no solo de pan sino de amor), “tuve Sed” (y no solo de agua sino de verdad), “estuve desnudo” (y no solo de ropa sino de esperanza), “estuve enfermo” (y no solo corporalmente sino espiritualmente), “estuve preso” (y no solo en cárceles sino en profunda soledad). Y tú, ¿qué?... Quizás preocupado solo por ti y tu perfección o tu bienestar, recorriste el camino de la vida, y perdiste la oportunidad de ser amor, verdad, esperanza, alegría, libertad y compañía para quien te necesita, tus hermanos que están tan a la vista, y, acaso, tan cerca, de ti; en tu misma casa, en tu comunidad.

Hermanos: hemos recordado cómo generaciones cristianas han visto en aquel samaritano bueno, al mismo Jesús. El curó a los que lo necesitaban, tuvo compasión de las muchedumbres vejadas, abatidas y abandonadas como ovejas sin pastor; todo hasta el punto de dar la vida, derramar su sangre para ser vida y salvación del ser humano roto y tirado como un desecho al borde del camino. Y si el Señor Jesús fue y es el buen samaritano, nosotros somos los posaderos de esta posada a los que se nos confían tantos hermanos medio muertos, agotados y heridos. Cómo nos viene a la mente la imagen del Papa Francisco, de procurar por una Iglesia “hospital de campaña”, madre y médica, por tanto, añadimos.

Así, a nosotros devotos de la Santa Faz, a la que suplicamos misericordia, se nos pide por coherencia ser, totalmente, misericordiosos. Jesús nos pide, nos confía a aquellos que están en desamparo. Y continua repitiéndonos cada día: “Cuida de él”. “Haz tu lo mismo”, que el buen samaritano, que es Jesús.

Queridas hermanas, que habéis dejado el Monasterio de la Sangre de Cristo, y nos habéis hecho como cristianos de Alicante la misericordia de que este Monasterio de la Santa Faz estuviera de nuevo habitado por almas consagradas al Señor, que hacen de su vida, oración misericordiosa por los hermanos: Gracias. No sólo por lo que habéis hecho, que es muchísimo y de enorme mérito, sino por lo que hacéis, y que da sentido a vuestra vida ¡seguir siendo el corazón orante de nuestra Iglesia a la Santa Faz, a la misericordia de Dios, a favor de tantos hombres llenos de necesidades, y heridos en el camino de sus vidas.

Vuestra querida hermana Santa Catalina Tomás, llamada a Dios “pare molt bo”, su vida, nada fácil, fue densa de una virtud, que es una enorme gracia, la confianza en Dios, Padre bueno. Habéis venido sencillamente, porque os fiais de Dios y sabéis bien de Quien os fiais. Y sabed que tenéis, además, el amor y gratitud de su Iglesia. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.